

SEIS MESES DE AUSENCIA



VAN seis meses de ausencia, seis meses en que el mundo está vacío, porque nada se sabe de Rodrigo. Seis meses en que la vida está sin vida, allí tan cerca de la epopeya, porque todos ignoran lo que pasa a unas cuantas leguas. La oscuridad al borde del sol.

Jimena asomada al balcón de sus pupilas mira caer las tardes. Las tardes de seis meses, unas tras otras han ido a morir en olas mansas a la orilla de sus pestañas. Envuelta en el terciopelo de su amargura, ha sentido pasar la vida sin saber de nada, sin querer saber de nada.

Nadie tiene noticias del que partió a la guerra.

En la casa solariega de Vivar el silencio espera con los brazos abiertos. Un pájaro épico ha pasado volando dos veces a gran altura. Nadie lo ha visto.

Diego Laínez aguarda inquieto, con un fondo de confianza detrás de su inquietud. Teresa Alvarez aguarda inquieta, con un fondo de angustia detrás de su inquietud.

¿Hasta cuándo esperar?

¿Qué hay al otro lado de esta espera?

V. HUIDOBRO

—Tened fe en mí. Es lo único que pido, es lo único que exijo—parece decir una voz que sale de todos los árboles y de todas las piedras de Vivar. ¡Cómo se parece a la voz de Rodrigo!

Aparece un punto en el horizonte. Un punto que parte en dos las lejanías. Un instante se queda prisionero entre las dos mitades. Luego se desprende y avanza, avanza.

Avanza, se agranda. El punto es una línea, la línea es un volumen. Avanza cortando el aire, creciendo en los ojos. El volumen es una forma. La forma es un hombre corriendo en su caballo.

Los corazones reconocen lo que los ojos aun no distinguen. Es un guerrero de Vivar. Uno de la hueste de Rodrigo, uno que vuelve. Acaso un emisario.

Salen las gentes de todas las casas. Un grupo inmenso se forma frente al solar de Rodrigo, y entre todos se destaca la figura heráldica de Diego Laínez.

¿Qué noticias trae el emisario?

¿Trae en los labios la victoria o la derrota? ¿Trae la vida o la muerte?

¿Y si no es un emisario, sino un sobreviviente?

—No, no es posible. Viene a un galope de triunfador.

Se acerca. Ya llega. Sólo faltan unos cuantos metros de duda. Pero la mano que se agita en el aire, gritó: ¡Victoria!

—¡Victoria! ¡Victoria!

Una avalancha de hombres, mujeres, viejos y niños, un enorme bloque de espaldas y cabezas con las manos en el aire se precipita sobre el emisario a arrancarle la primera frase de los labios.

—Vencimos—dice el mensajero—, y saltando de su

MIO CID CAMPEADOR

caballo, cubierto de polvo y epopeya, entrega a Diego Laínez un pliego de Rodrigo.

El viejo con los dedos heroicos abre el pliego y lee en voz alta sobre la eternidad:

"Padre: Lado sea Dios. Llegué. Miré. Triunfé. Traigo cautivos cinco reyes moros. Vete a esperarme a Burgos, allí llegaré mañana antes del medio día. Soy fiel vasallo y a mi rey debo ofrecer primero estos cautivos. Si el rey no los acepta, te proclamaré a ti rey de las tierras que posees y de las que he conquistado y a ti rendirán vasallaje los cinco reyes prisioneros y a ti pagarán tributo."

El entusiasmo entre todos los oyentes llegó a tan alto, que estalló en silencio, en un gran silencio de laurel y de mármol.

Todos se abrazaban llorando. El nombre de Vivar otra vez subirá al cielo en el pecho de la alondra del destino. Todo Vivar era un solo abrazo, un solo corazón, llevado en andas a todos los hogares.

La alegría de Diego Laínez caía en gotas luminosas de sus ojos, caía sobre su mujer, caía sobre sus hijos, caía sobre su pueblo, caía sobre sus tierras.

Teresa Alvarez se desplomó de rodillas ante una imagen de la Virgen y envuelta en una oración y en un sollozo voló fuera de la atmósfera terrestre.